
UNA VIDA, UNA ESPERANZA

Una luz brilla al final del túnel y brota la ESPERANZA

Estábamos muy tranquilas en nuestro cotidiano vivir un tanto monótono, tratando de llenar (cada una a su manera), nuestros odres con vino nuevo, pero, quizá sin darnos cuenta de que nuestros odres no eran tan nuevos y... de repente el Vino nuevo llegó a borbotones, incontenible: nos sobrepasó. ¿Sabremos interpretar los signos de los tiempos?

Una llamada a aterrizar, a frenar en seco, que nos invitaba a hacer un alto en nuestra vida para encontrarnos con nuestra propia realidad. ¿Quiénes somos? ¿Qué hacemos? ¿Hacia dónde vamos? Y un sin fin de preguntas que a veces, hasta nos da miedo afrontar.

Y... nos sorprendió el coronavirus, que ni siquiera se sabe qué tipo de virus es. Con la pandemia llegó el tiempo de cuarentena, de confinamiento. Ah, ahora sí! Ahora sí tenemos tiempo para reflexionar, para orar buscando la gracia y la fuerza, puesta nuestra esperanza en Aquel que nos creó a su imagen y semejanza y pedirle a Él que cese pronto esa fuerte situación que estamos viviendo.

Nos habíamos hecho la idea de que éramos omnipotentes, intocables. Nuestros pobres odres, sin darnos cuenta, se habían ido agrietando por la prepotencia, el orgullo, la autosuficiencia... y el vino nuevo se derramó por sus grietas.

Vemos noticias cada día más alarmantes, que nos informan cómo nuestros hermanos se van contagiando de ese virus. Los hospitales ya no tienen capacidad para tanta gente que cada día va llegando, pero el corazón de los médicos, enfermeras y todo el personal sanitario y de otros servicios, sí tiene capacidad ilimitada. A veces se sienten impotentes, sin recursos para protegerse y para atender a los enfermos y muchos se contagian y también mueren. Pero ellos no se rinden. Está primero la salud del enfermo que su propia seguridad y están ahí, al pie del cañón, brindando ayuda y esperanza al enfermo. Ahí está el sacerdote, la religiosa, el voluntario que se arriesgan para llevar consuelo y esperanza, junto con la Palabra y a veces también los Sacramentos.



Este bicho tan insignificante pero tan voraz, también se ha acercado a nosotras. Nos ha arrebatado a varias de nuestras Hermanas, sin que pudiéramos acompañarlas físicamente en esos momentos de soledad y dolor. Diríamos que le ha adelantado el viaje a la Casa del Padre. Ya ellas gozan de su presencia y de María, Divina Pastora.

En medio de este dolor fraterno que parecía que nos sobrepasaba, una vez más surge el amor, la capacidad de servicio incondicional, la entrega de nuestras hermanas Mercedes Mota y M^a de los Ángeles (Geles), quienes se trasladaron a Benavides para dedicarse a la atención de las Hermanas de aquella Comunidad, donde el virus se hizo presente con su látigo mortal.

¡Gracias Mercedes! ¡Gracias Geles! Que vuestro gesto de servicio incondicional, sea un estímulo para todas. **Que Dios las bendiga con mucha salud, paz y alegría.**

En medio de este caos, brilla una luz como al final de un túnel. El vino nuevo fluye a raudales por todas partes y brota la esperanza de que al salir de este túnel llamado pandemia, seguiremos siendo más cercanas, a nuestras Hermanas, más solidarias incluso con nuestros vecinos, a quienes hemos visto todos los días mientras aplaudíamos agradecidas a todo el personal que, de una u otra forma, están luchando activamente para atender a los enfermos y erradicar esta pandemia.

Somos conscientes de que tenemos la responsabilidad de cuidarnos unas a otras, como decía nuestro Padre San Francisco “ser madres unas para las otras” y ser pastoras las unas para las otras. Que María, que fue presurosa a ayudar a su prima Isabel, nos ayude para que estemos siempre atentas a las necesidades de nuestras Hermanas, dispuestas a llevarles, con nuestro testimonio, alegría y servicio, **un rayito de esperanza.**



Felidad Kapatero